

## EL CAMPO SEMANTICO DEL AMOR EN SAFO

1.1. La nueva atención con que se vuelve la Lingüística moderna al campo de la Semántica es una reacción contra el programa de las escuelas glosemática y de Bloomfield de prescindir del contenido de las unidades lingüísticas y limitarse a definir las mediante pruebas, como la de la conmutación y la de la permutación, que indican simplemente si dos unidades tienen contenidos iguales o diferentes. A su vez, el alejamiento de la Semántica fue una reacción contra la excesiva facilidad con que la Lingüística tradicional identificaba el contenido o significado de las unidades y aceptaba la posibilidad de una traducción inequívoca de las mismas de una lengua a otra. Fue, al mismo tiempo, resultado de la conciencia creciente de la dificultad de los problemas semánticos: tener que decidir si en una unidad hay un significado único o hay acepciones diversas o si, por el contrario, se trata de dos unidades diferentes (homónimos); problema de los sinónimos; hechos de neutralización; matices estilísticos e individuales; coexistencia de estadios evolutivos o de niveles diferentes, etc.

1.2. Pero la dificultad de los problemas semánticos no es buen argumento para posponerlos o para dejar a otras Ciencias su solución; debe ser, por el contrario, un acicate para tratar de acercarse a ellos. Y esta solución se entrevé por el camino del estudio de los campos semánticos. Han pasado los tiempos de las monografías de los filólogos alemanes y sus imitadores que, sobre el modelo del estudio de Heinze sobre *fides*, trataban de captar, a través de una rica documentación, el sentido central o principal de una palabra.

Tal vez pueda volverse a estos estudios una vez situadas las palabras a estudiar dentro de los contextos sintagmáticos y opositivos que las caracterizan, siempre, por supuesto, sobre la base de descartar teorías ingenuas sobre su «sentido fundamental», ignorantes de los principios más elementales de lo que es el sentido de una palabra. Pero previamente hay que adentrarse en el estudio de los campos semánticos. No solamente el sentido de una palabra varía según el contexto verbal —la llamada distribución— y el contexto extraverbal en que figura, sino que la palabra y aun sus acepciones sólo quedan completamente definidas por las oposiciones que contraen con otras palabras o las acepciones de otras palabras. Un conjunto de palabras entrelazadas entre sí para marcar determinadas diferencias dentro de una cierta comunidad de contenido es lo que llamamos un campo semántico. Pero un campo semántico no sólo comprende palabras que son consideradas como opuestas, es decir, como usables alternativamente, o la una o la otra, sino también palabras que en parte al menos corresponden a los mismos contenidos, que se superponen parcialmente. Son los llamados sinónimos, que son más bien, casi siempre, semisinónimos. El hecho mismo de que tengan una diferente amplitud de extensión hace que sus usos comunes tengan matices diferenciales, representen puntos de vista divergentes sobre realidades coincidentes. Esto cuando los sinónimos no representan simplemente connotaciones diferentes para denotaciones idénticas.

1.3. Por otra parte, la Semántica no debe referirse solamente a la palabra. No sólo se puede hacer semántica de unidades inferiores, a saber, los morfemas, sino también de unidades superiores, así los sintagmas o grupos de palabras con función de palabra (el grupo nombre + adjetivo, por ej.) y las oraciones. Hay también sinonimia o semisinonimia de sintagmas y oraciones que se refieren a un determinado campo.

2.1. Vamos a presentar aquí un ensayo sobre el campo semántico del amor en Safo. Empezamos, es claro, con una concesión. Aceptamos previamente que entre los términos enlazados en sistema en la poesía de Safo que vamos a estudiar a continuación y un término español, *amor*, existe una cierta comunidad de contenido; dejando abiertos, por supuesto, los límites de esa comunidad. Pero sólo la ad-

misión de hechos de esta especie, es decir, de la existencia de universales más o menos generales, nos permite la reflexión lingüística. La lengua es usada como metalengua, es decir, es utilizada para hacer afirmaciones sobre la lengua misma. Es lo mismo que sucede cuando, gracias a la aceptación de conceptos demasiado vagos, pero con la suficiente precisión a pesar de todo, tales como dental, sonante, acento, etc., etc., podemos estudiar las lenguas aislada y comparativamente. Basta con no quedar prisioneros de la aceptación del universal. Es sólo un punto de partida que debe ser precisado. El conjunto del campo semántico que vamos a estudiar en Safo equivale *grosso modo* al concepto nuestro de *amor*; pero sólo muy *grosso modo*. A partir de aquí hemos de tratar de precisar más los conceptos tanto en griego como en español, si queremos; en nuestro caso lo hacemos solamente en griego y el término *amor* lo empleamos más que como un término del español, como un término de la metalengua.

La existencia de términos de metalengua, por imprecisos que sean, revela la unidad esencial de la condición humana y aun de la cultura humana. Pero esa unidad esencial no excluye la existencia de hechos diferenciales importantes, sobre todo en el dominio de la cultura: integración de los hechos físicos en sistema e interpretación de los mismos.

2.2. Se trata, pues, de estudiar cómo funciona un grupo de palabras, de sintagmas y de oraciones que forman sistema y se interdefinen. Ver qué relaciones establecen estas palabras entre sí, cómo clasifican diversamente los hechos que llamamos eróticos, qué rasgos diferenciales o relevantes establecen dentro del dominio de ellos. Unos mismos hechos físicos pueden ser integrados o no con otros diferentes, ser clasificados en grupos y subgrupos o dejados como homogéneos, etc.

El estudio tiene un particular interés porque el tema del amor en Safo ha sido muy traído y llevado y presenta graves dificultades. Es algo que ocurre dentro de una sociedad muy alejada de nosotros en su concepción de lo divino y lo humano, en sus clasificaciones sociales. De un lado, se trata de hechos y sentimientos que brotan dentro de un grupo de mujeres que forman por así decirlo un círculo aparte, distante de la sociedad de los varones, presente en los versos

de Alceo. De otro lado, no está ausente tampoco el tema del varón, sobre todo en los epitalamios: pero siempre juzgado a partir de los presupuestos culturales del grupo femenino. Y aquí han surgido, desde la Antigüedad, tantas preguntas, a veces formuladas morbosa-mente: ¿hay homosexualidad? ¿En qué sentido? ¿Hay religión? ¿Hay adoctrinamiento y enseñanza? ¿Cuál es exactamente la relación entre Safo y sus amigas, cómo se compagina este mundo con el de los epitalamios, enraizado en la vida normal de la ciudad, con el de la religión de Afrodita, las Gracias, las Musas? ¿En qué concepción del hombre y del dios arraiga todo esto?

2.3. Son muchas, por supuesto, las respuestas que se han dado y muchas de las nuestras serán coincidentes. Pero no queremos adelantar nada, sino presentar los datos escuetos del léxico, con la esperanza de que hagan hablar más descarnadamente, con menos literatura, a los hechos. Con la intención también de que hagan ver que los hechos humanos que se dan en un determinado grupo han de ser reconstruidos ante todo a la luz de las concepciones de ese grupo, de lo que consideraba relevante en ellos, de los engarces que establecía con otros órdenes de hechos tal vez para nosotros diferentes. Es inútil muchas veces tratar de reencontrar en mundos alejados nuestras propias clasificaciones, respuestas a nuestras preguntas cuando éstas no tenían relevancia allí. Y es tanto más aleccionador cuando, procediendo de este modo, mediante una pura disección y una posterior ordenación de los elementos disecados, reencontramos, entre todas las diferencias, rasgos generalmente humanos que llegan hasta nosotros o gérmenes de estadios posteriores.

2.4.1. El punto de partida más evidente es el estudio de una serie de semisinónimos que tienen una triple expresión: al nivel del verbo, al del adjetivo y al del sustantivo. En cada nivel podemos figurarnos las palabras como círculos o áreas que montan parcialmente unos sobre otros, que se interfieren. Es lógico partir de aquel que tiene más pequeña extensión, que es desbordado por los otros que, de este modo, clasifican los mismos hechos junto a otros diferentes. El círculo de extensión más reducida, a que aludimos, es el representado por la raíz  $\xi\rho$  en sus niveles verbal, adjetival y nominal: por

la raíz  $\xi\rho$  que es precisamente la que traducimos por *amar*, lo que la coloca en el centro de nuestro estudio.

Al nivel del verbo tenemos  $\xi\rho\alpha\mu\alpha\iota$  'amar' que es homo- y heterosexual a la vez en 16, 4, homosexual en 49. Al del adjetivo tenemos  $\xi\rho\alpha\tau\omicron\varsigma$  que se refiere a acciones o pertenencias de la persona amada (su modo de andar 16, 17; su cabellera 81 b 1) o a la propia persona amada (la esposa en 58, 21, mientras que los ejs. anteriores son homosexuales).

2.4.2. O sea: en el amor hay un sujeto y un objeto: hay un enamorarse y hay la posesión de una cualidad que enamora. No hay distinción léxica sobre si, siendo el objeto una mujer, o un hombre, el sujeto es una mujer o un hombre. Lo que es importante notar es que existe, por así decirlo, un automatismo por el que la posesión de esa cualidad de ser  $\xi\rho\alpha\tau\omicron\varsigma$  provoca el enamorarse del sujeto. Esto queda confirmado por lo que sucede en el plano del nombre. "Eros 'amor', en efecto, está vertido, como una sustancia, sobre el rostro deseado de la novia (112, 4); al tiempo  $\xi\rho\omicron\varsigma$  es aquello que pretende alcanzar el enamorado (15, 10: en este caso, la enamorada: la cortesana Dorica, enamorada del hermano de Safo). Es más, ese  $\xi\rho\omicron\varsigma$   $\pi\acute{o}\theta\epsilon\nu\nu\omicron\varsigma$ , 'deseado', es causante del  $\xi\rho\alpha\sigma\theta\alpha\iota$ , del enamorarse del sujeto. Efectivamente, en 47 Eros ha sacudido las entrañas de Safo como un viento que sacude las encinas, en 130 Eros la agita también, bestia contra la que no puede luchar. Eros es ya un dios, por hipóstasis, sin tener todavía todas las cualidades de un dios, según veremos; en 159 y en 90, 25 aparece ya como claramente divinizado.

Todo esto nos da una clara descripción del proceso. Hay, por decirlo así, una sustancia en el objeto que despierta, al ser vista (cf. 31, 7; 49), el enamoramiento del sujeto; a veces es hipostasiada, divinizada como causa, arranque de todo el proceso. Pero, ¿es verdaderamente automático este proceso, basta lo anterior para explicarlo? ¿Y a qué término conduce?

2.4.3. Antes de volver sobre este punto, hemos de referirnos a los cuasisinónimos que, decíamos, montan sobre el dominio de  $\xi\rho\omicron\varsigma$ , le clasifican en uno más amplio al interferirse con él.

En uno de los pasajes aludidos interviene el adjetivo ζμερτος como designando algo que posee el rostro sobre el que se ha derramado ξρος (112, 4); en otro, el propio ξρος es calificado de πόθεννος (15, 10). Esto nos da dos nuevas series.

Veamos primero la formada sobre la raíz ποθ-. Hay ποθήω 'desear' en 36, no sabemos si homo- o heterosexual; πόθεννος 'deseable' dicho del ξρος de una mujer por un hombre, en 15, 10. En cuanto a πόθος, el nombre, es ya una especie de sustancia poseída por la mujer amada por Safo (22, 11), poseída por lo demás por tiempo limitado; ya una hipóstasis, un agente del enamoramiento que quema las entrañas (48, 2), que doma o domina (102, amor de la muchacha por un joven). Hay sinonimia con ξρος: a lo que podemos ver, los contextos son siempre personales. Pero la hipóstasis ha avanzado menos en el camino de la divinización; y en 102 ello es bien claro porque se atribuye la causa del πόθος a Afrodita. Junto a la raíz ποθ- aparece dos veces μάομαι, μάομαι 'buscar' (36 y 48).

2.4.4. Más interesante es la otra serie, en la que tenemos el verbo ζμέρω 'desear' (1, 27 homosexual); los adjetivos ζμερόεις y ζμερτος. 'ζμερόεν es la risa de la muchacha en 31, 5, risa dirigida al hombre pero que despierta también el amor de Safo; ζμερόεισα es la diosa Afrodita, que despierta el amor, en 17, 10; ζμερτος es el rostro de la novia en 112, 4. Hay, pues, cosas o acciones que despiertan el ζμέρω, el 'deseo de amor', pero hay un elemento nuevo: hay una diosa que lo crea. Y en el plano del nombre nos encontramos con cosas nuevas también: ζμερος se aplica al deseo en general: 95, 11 κατάρτην δ' ζμερός τις έχει με 'me tiene un deseo de morir'; es decir, el amor no es más que una parte del dominio más amplio del deseo. Y queda confirmada la relativa falta de autonomía del individuo. El θυμός ζμέρει 'mi ánimo desea' de 1, 27 se convierte en sinónimo de ζμερός τις έχει με 'un deseo me tiene' en 95, 11 y de 'tener ζμερον' en 137, 3 (pasaje que a su vez confirma el valor general del término: se habla de 'deseo de cosas honrosas'). La hipóstasis de ζμερος no es tan rotunda como la de ξρος; ζμερος es concebido como algo poseído subjetivamente no sólo en 137, 3, sino también en 96, 15 ('acordándose de Atis con ζμερος').

El amor pertenece, pues, al mundo del deseo, en el cual existe una correlación entre sujeto y objeto: es tan activo, quizá más, el

segundo como el primero. A veces aparece una hipóstasis que, mediante la transformación gramatical en nombre, satisface al instinto humano que busca causas con referente individualizado, divinizado más exactamente, aunque con grados diferentes de divinización.

2.5.1 Todo esto nos revela la concepción por la cual determinadas cualidades o sustancias del objeto, a veces hipostasiadas, despiertan un estado anímico del sujeto que es clasificado junto al deseo. Podemos imaginar los círculos de ἔρος y πόθος, aproximadamente coincidentes, y el de ἕμερος, que los desborda por un extremo. Pero por otro lado son desbordados por el de la raíz φιλ- 'amar' o 'querer'. Hay el verbo φίλημα, que es homosexual en 23 y 88 a 17 (posiblemente en 67, 4 y 129), pero que en 58, 25 tiene un complemento no personal, la ἀβροσύνα, el lujo y la belleza delicada. Aquí hay una coincidencia con el círculo del ἕμερος, parece: sólo que la cualidad que enamora es definida más precisamente, no es ya sólo deseable, sino bella, delicada. Y, sin embargo, las cosas son diferentes. El adj. φίλος 'querido', 'amigo', no es paralelo a los otros estudiados: no designa ninguna cualidad del objeto que despierte amor, del mismo modo que podemos calificar a φίλημα de estativo ('amar') y a los verbos anteriores de verbos de proceso ('enamorarse', 'buscar', 'desear'). En éstos hay un fin a la vista, en φίλημα no, es un fin en sí por así decirlo. Por otra parte, φίλος se dice del amor heterosexual (111, del novio) y homosexual (88 a 17), pero tiene un registro más amplio: se refiere a los padres (16, 10 y 44, 11, homerismo), al amigo en general (44, 11; 5, 6), al amigo de una mujer que no tiene relación sexual con ella (121). Siempre se refiere a personas: igual la φιλότας, referente ya a una relación homosexual (1, 19; 71, 3) ya al amor en el matrimonio (30, 4). El que nunca esté hipostasiada coincide con el hecho de que φίλος y φίλημα se salgan del esquema anterior. Otra diferencia: φίλημα se dice no solo del sujeto, sino también del objeto.

Todo esto coloca al mundo de la raíz φιλ- en una relación sólo tangencial con el mundo del deseo. La persona a quien se desea, por quien se siente ἔρος, a quien en cierto sentido se busca, está clasificada junto con aquellas que forman el propio entorno familiar y social. Pero si esto es cierto para φίλος, que tiene tras sí una larga tradición, si se refleja también en el uso del verbo y el nombre,

no es menos cierto que éstos están sometidos a una doble tensión, pues que se emplean sólo para la relación erótica, homo- o heterosexual; y φίλημα incluso lleva de complemento ἀβροσύναν en el pasaje citado.

2.5.2. Lo erótico está, pues, entre el mundo de la relación personal estable y recíproca, dependiente de la sangre o institucionalizada variamente, y el mundo del deseo. Pero éste es el primario en Safo, Y esto se confirma todavía por la posibilidad de trazar un círculo aún mucho más amplio, el de los verbos θέλω y βόλλομαι 'querer'. Aquí no hay un objeto deseable que desencadene el proceso. Y hay asimetría: junto al verbo no hay adjetivo y nombre, por lo tanto no hay hipóstasis ninguna; y la construcción no es de complemento directo sino de infinitivo. El deseo está enfocado desde otro punto de vista: esto no contradice, sino completa cuanto llevamos visto hasta aquí. Prescindo de los ejemplos sin contexto 22, 19 y 20, 7.

Hay una construcción θέλω + inf. con sujeto, empleada dos veces; la primera en contexto erótico (1, 17-18), la segunda no erótico (5, 3). En ambas es Afrodita, se nos dice, la que puede conseguir a Safo aquello que desea le suceda 'a su θυμός'. Semejante es 60, también erótico, pero sin mención del θυμός. En otro pasaje aún, sin sujeto del verbo, depende igualmente de la diosa la consecución del deseo (5, 9); en otro, el deseo no triunfa contra la voluntad de la diosa (1, 24). Sin duda es compaginable con estos usos el último que queda, 16, 17.

Con esto, toda la fenomenología del deseo humano queda iluminada con nueva luz. Hay primero el despertar de este deseo: el hombre es en cierto modo no activo, son fórmulas equivalentes el decir que él o su θυμός desean y el atribuir a una cualidad, hipostasiada o no, del objeto, el desencadenamiento de ese deseo; y también se puede, más profundamente, atribuir, en el caso del ξρος, su causa a Afrodita (102, donde interviene también πόθος). Pero hay, luego, la consecución del deseo: aquí sólo Afrodita, la diosa, es soberana, nunca las hipóstasis.

Vemos, pues, una serie de hechos interesantes. Sólo en cierta zona del léxico hallamos una distinción entre el amor y otras zonas del deseo; solo muy parcialmente es clasificado al lado de las relaciones estables. Dentro del ξρος, y esto es esencial, no hemos halla-



do hasta ahora hechos léxicos que distingan lo homosexual femenino de lo heterosexual: en ambos casos hay un amante, alguien que busca, y hay alguien que es objeto de esa búsqueda y que la provoca no por su voluntad, sino por la presencia misma de ciertas cualidades o sustancias. Afrodita pone en marcha el proceso: y es indiferente, pura sinonimia, el enunciarlo a partir de ella o del sujeto o del objeto. Pero luego es ella quien lo cumple: el objeto ama a su vez, persuadido por la diosa, o el sujeto pierde el deseo, por causa de la diosa también.

Hay una serie de pequeños campos léxicos que precisan mejor todo este estado de cosas. Por ejemplo:

2.6.1. Elementos del objeto que desencadenan el proceso. Hay los adjetivos, ya vistos, puramente descriptivos y que podemos traducir como 'que produce amor o deseo'. Hay la ἀβροσύνα de que hablamos. Pero hay también dos términos genéricos. De un lado κάλος 'bello', dicho de la mujer amada (2, 13 homosexual) o de una mujer sin contexto (108); es asimétrico, no tiene verbo ni nombre. 16, 3 incluye una teorización de Safo: lo más bello es aquello de que uno se enamora. De otro lado hay χάριες, dicho en 112 del rostro de la novia, de una mujer sin contexto en 108, de un bosque sagrado de la diosa en 2, 2; hay simetría en el nombre, χάρις es lo que poseen los ojos de la persona amada (138) y también está hipostasiado como divinidad, las Gracias (varios pasajes). Pero el verbo, que también existe (χαίρω, 22, 14; 96, 5; cf. χάρα 5, 7) designa un sentimiento distinto del sujeto, no deseo, sino alegría. Toda esta raíz no tiene sólo sentido erótico, se refiere también a la belleza de las plantas y vestidos, a la alegría procurada por ella. Hay, pues, una nueva clasificación del amor, y un nuevo sentimiento del sujeto. El cuadro se hace más complicado; y si añadimos el dolor del enamorado que busca y no halla, su ὄνις y su ἄσα (1, 3; 5, 10; 96, 7; 88 a 19), su μέριμνα (1, 23; 23, 8), llegaremos a la definición del amor como γλυκύπικρον 'dulce y amargo' (130, 2). Insistamos: todo esto se refiere al amor y al ἴμερος de las cosas bellas en general; no a la esfera más amplia del deseo en general.

2.6.2. Zona del sujeto que experimenta el deseo y recibe el efecto del cumplimiento. Aquí habría que trazar la serie de los semisinóni-

mos del «yo». Es ante todo el *θυμός* 'ánimo', de que hemos hablado y que en otro pasaje, 42, es aún el aliento de unas palomas que mueren; pero también el corazón (*κήρ* y *καρδία*) y el diafragma (*φρήν*, *φρένες*). Se nos habla de la acción de la diosa sobre el *θυμός* (1, 4 y 17; 5, 3), de *ξρος* sobre las *φρένες* (47), de *πόθος* y *κάματος* sobre la *φρήν* (48; 43, 6); de la acción del objeto sobre la *καρδία* (31, 6); también aparecen como una especie de sujetos restringidos *θυμός* (27, *θυμός* *ἱμέρρει*) y *κήρ* (96, 17, el acusativo de relación *φρένα* restringe más aún). Otras veces, en cambio, aparece el «yo» (así en 22, 13). En suma, el deseo de lo bello y, dentro de él, el deseo amoroso se localizan en partes y funciones concretas del cuerpo: más exactamente, en el pecho (aliento, corazón, diafragma). La alteración del ritmo normal del organismo en la taquicardia o la respiración entrecortada, no es una manifestación del deseo o el amor, «es» deseo o amor, es al tiempo efecto producido por el objeto o por una hipótesis de una cualidad del mismo o por la diosa. Pasividad y actividad son lo mismo. Y es algo orgánico; todo el poema 31, *φαίνεται μοι κήνος* debe interpretarse a esta luz. Pero nótese esto: el decir que es algo orgánico no quiere decir que no sea al tiempo algo que nosotros diríamos espiritual. Simplemente, la distinción no existe, como no existe la de actividad/pasividad, acción humana/acción divina. Hemos de volver sobre esto.

2.6.3. Acción ejercida sobre el sujeto. Del sujeto se dice sólo que 've': a través de la vista le llegan las cualidades o sustancias bellas o amables que actúan sobre él. Pero cuando se hipostasian o cuando se llega al último fondo del proceso, la acción de la diosa, se acude a la comparación de la acción sobre el sujeto con hechos físicos. Es un 'sacudir' como el del viento (47, cf. 130, 1), un 'quemar' (48), un 'posarse' o 'asentarse' (43, 6); o simplemente se alude a un hecho de fuerza como es el 'domar' (1, 4). Pero también se puede hacer referencia a un estupor, un deslumbramiento (*ἐπτόαισεν* 31, 6; 22, 13). Todo esto, una vez más, nos lleva a la misma consideración; hay una acción sobre el sujeto que es concebida como un hecho físico, con consecuencias, por lo demás, que nosotros llamaríamos espirituales: dominio, deslumbramiento.

2.7.1. Hasta aquí nos hemos encontrado con una serie de sistemas paralelos que constan cada uno de un verbo, un adjetivo y un nombre y que coinciden más o menos exactamente con el del  $\xi\rho\omicron\varsigma$ , rebasándolo casi siempre y clasificando así este  $\xi\rho\omicron\varsigma$  desde puntos de vista generales: es ya una búsqueda, ya un sentimiento que se experimenta ante el grupo de personas unido a nosotros. Hay luego el sistema adjetival de las cualidades objetivas que producen el  $\xi\rho\omicron\varsigma$ ; y el sistema verbal relativo al desencadenamiento de ese  $\xi\rho\omicron\varsigma$ ; y el nominal que designa la zona del complejo psico-físico que es al tiempo paciente y agente del  $\xi\rho\omicron\varsigma$ . Veamos ahora algunas otras precisiones.

2.7.2. El desencadenamiento del proceso amoroso es, decíamos, momentáneo, provocado por la visión de algo que hemos calificado en unos momentos de cualidades, en otros de sustancias: esta dicotomía aristotélica es, a todas luces, extraña a Safo. Es un proceso que podemos concebir como una acción seguida de una reacción, la del sujeto, o como una acción, la del sujeto otra vez, descrita desde el punto de vista causal en formas varias que en definitiva se equivalen. En todo caso, la búsqueda o deseo del sujeto culmina en lograr el enamoramiento del objeto; la correspondencia de la persona amada, si se quiere. El amor no satisfecho es dolor al tiempo que placer; la satisfacción libera del dolor. Pero hay otro modo todavía de liberarse del dolor: es liberarse de la pasión. Pues bien, sólo la diosa y en ningún caso el sujeto es quien puede cumplir la pasión o hacerla desaparecer. Por eso en el deseo amoroso, como en cualquier otro deseo, Safo pide constantemente la intervención de Afrodita, también de otras diosas. Se habla de 'suplicar' ( $\lambda\iota\sigma\sigma\omicron\mu\alpha\iota$  1, 2), de 'llamar' ( $\kappa\acute{\alpha}\lambda\eta\mu\mu\iota$  1, 16; 60, 4), de 'invocar' ( $\xi\rho\alpha\mu\alpha\iota$  22, 17; 112, 1); se le dice que venga ( $\delta\epsilon\upsilon\tau\epsilon$  54, 128,  $\delta\epsilon\upsilon\rho\omicron$  117,  $\xi\lambda\theta'$  1, 5); se le pide que escuche (86); que conceda la vuelta del hermano (5, 2) o que 'persuada' a la persona amada a tener reciprocidad (1, 18; 60, 4) o que 'cumpla' ( $\tau\acute{\epsilon}\lambda\epsilon\sigma\omicron\nu$ , etc.: 1, 27; 5, 2; 112) el deseo amoroso o algún otro. Pero, de otra parte, es Afrodita, ya lo hemos indicado, quien pone en movimiento el proceso: la belleza de la novia es honor que le ha dado Afrodita (112), es ésta quien sedujo a Helena (16, 11). Pero la diosa puede igualmente hacer que no se cumpla el deseo del enamorado: esto es lo que le pide Safo que haga con Dorica siendo

πίκρα, 'cruel' (15, 9). De otra parte, el 'cumplimiento' del deseo tiene una contrapartida que también se atribuye a la diosa: el sujeto queda liberado de dolor (λύσον 1, 25); pero esta liberación puede referirse igualmente a la cesación del deseo, lo que Safo pide a Afrodita que haga con su hermano (5, 2).

2.7.3. Todo esto hace más complejo el proceso amoroso que estamos describiendo. El papel de la diosa, siendo importante en la primera fase, la del enamoramiento, es totalmente central y aun exclusivo en la segunda, la de la consecución o bien la eliminación del deseo. Mientras la primera puede describirse variamente, mediante explicaciones causales que en definitiva eliminan las oposiciones sujeto/objeto y hombre/dios, la segunda sólo desde un punto de vista religioso puede describirse. Porque a lo que acabamos de decir hay un correlato. Las raíces ἐρ-, ποθ-, ἡμερ-, μα-, relativas al *eros* y la búsqueda, nunca se emplean al habar de la persona amada que otorga la reciprocidad. Tampoco operan sobre ellas las acciones cuasifísicas de las sustancias o las hipóstasis que provocan el enamoramiento. Los papeles son, pues, diferentes. Pero ¿totalmente diferentes?

No totalmente: la persona amada que, por intervención de la diosa, consiente en la posesión, está, a juzgar por el léxico, en igual plano que el amante al menos desde algunos puntos de vista:

2.8.1. Se le puede aplicar la raíz φιλ- (1, 19 y 23). Ambos pertenecen, pues, a un grupo restringido, como el padre y el hijo, los amigos... Hay en ese grupo una actividad que hemos llamado estativa y que tiene ciertos puntos comunes con la del enamoramiento, aunque no coincida.

2.8.2. Hay un par de términos opuestos, μνάμα y λάθηα 'recuerdo' y 'olvido', así como sus verbos correspondientes, que se refieren a la presencia y ausencia del ἔρος, respectivamente, y que se dicen tanto del amante como del amado. Él o la amante, a más de recibir por los ojos el enamoramiento y experimentar una sensación física en el pecho, desarrolla un sentimiento duradero del que hasta aquí no hemos hablado y que se llama μνάμα 'recuerdo'; recuerdo que cuando la persona amada está ausente despierta nuevo deseo. Véase en este

contexto 16, 15; 96, 15. También φροντίσθην, 131. Por esto decíamos que si el amor es físico, trasciende lo físico: la antinomia no existe. Ahora bien, la μνάμα se pide también de la persona amada (94, 8) y se lamenta la λάθρα u olvido de ésta (129). Diríase que la amada o el amado sólo experimentan una parte de lo que experimentan el amante o la amante, aquella parte que es recuerdo o necesidad de presencia. El término, al igual que φιλ-, tiene una esfera más amplia que la erótica: se dice de una hija con relación a los padres (16, 10), de la memoria de la posteridad por una muerta (55). O sea, otra vez, la amada o el amado está en el mismo círculo que él o la amante, pero también en el de otras personas al tiempo.

2.8.3. Si el amado no experimenta el deseo y su tortura, expresados físicamente, lo que tiene de común con el amante, en cuanto a sensaciones, es el placer de la presencia, de la vida común. Es el κάλλ' ἐπάσχομεν, la felicidad antigua que recuerda Safo a su amada en 94, 11, vivida entre coronas de flores y perfumes; la felicidad del amado que escucha a su amante en 31. Es el mismo cuadro de felicidad en la belleza que envuelve los epitalamios, que brota de la descripción de la boda de Héctor y Andrómaca; que se refleja en el χαίρει 'regójate' referido a la novia y el novio (116, cf. 117, 145), en el χαίροισα referido a la muchacha amada en 94, 7. Pero el verbo y el sustantivo derivado χάρα y el adjetivo los hemos visto aplicados también fuera de contexto amoroso: en uno familiar en 5, 6, en otros referentes sin duda a todo el grupo de Safo en 2, 2, en 96, 5.

2.8.4. Finalmente, el amado o la amada, se desprende de todo esto, participa en la relación amorosa de un modo diríamos tangencial, sólo por obra de la diosa. Ésta se impone incluso contra su voluntad (κοῦκ ἐθέλοισα 1, 24); pero su acción es de un momento, luego la amada puede caer en el olvido y a eso se hace referencia constantemente: aunque diga que se marcha mal de su grado (94), luego olvida. Si vuelve 'refresca' las entrañas quemadas por el deseo (48); pero en cierto modo por el hecho mismo de la presencia, simplemente.

Así, en suma, podríamos decir, si el amado tiene una diferencia esencial respecto al amante, sin embargo, cuando le corresponde, forma en cierto modo unidad con él: ambos son calificados de φίλοι,

tienen  $\mu\nu\acute{\alpha}\mu\alpha$ , experimentan el mismo placer. Todo ello refleja en definitiva la pertenencia a un mismo grupo, grupo que por otra parte les rebasa. Y todo ello es el resultado de una conquista y una asimilación a partir de situaciones radicalmente opuestas. Y de una conquista, a pesar de todo, siempre precaria.

2.9.1. Creemos que el estudio del léxico puede permitirnos, de este modo, echar una mirada a la antropología y la religión de Safo, clasificar dentro de ellas la relación amorosa; y, al propio tiempo, descartar algunas de nuestras clasificaciones. Nos hemos valido del estudio de algunas series de palabras en que el verbo indica lo que nosotros llamaríamos un sentimiento del sujeto, el adjetivo una cualidad del objeto, el nombre una sustantivación, a veces con hipóstasis, de la misma; se trata de áreas semánticas que se interfieren, clasificando variamente el sentimiento amoroso y oponiendo los sentimientos de búsqueda y de felicidad del sujeto. Clasifican genéricamente las cualidades y llevan los nombres a la hipóstasis en grado variable y, desde luego, *sin llegar nunca al papel absolutamente activo de un dios que recibe culto como Afrodita*. Hemos acudido también a otras series, como los semisinónimos del «yo», los verbos que indican acción del objeto sobre el sujeto, los relativos a la actividad de la diosa sobre uno u otro, los nombres relativos a las experiencias del sujeto y los que, como  $\mu\nu\acute{\alpha}\mu\alpha$  y  $\lambda\acute{\alpha}\theta\alpha$ , son comunes a éste y al objeto.

2.9.2. El punto de partida está, naturalmente, en las raíces más próximas a la nuestra de *amor*. Así  $\acute{\epsilon}\rho$ - y, en menor grado,  $\pi\omicron\theta$ -, referidas sólo a relaciones entre personas. En ellas se dibuja ya el cuadro que luego nos será familiar: no distinción entre amor homo- y heterosexual, oposición tajante en cambio entre un sujeto y un objeto, interpretación del proceso como efecto de una cualidad o sustancia del objeto que al ser percibida despierta el acto momentáneo del *enamorarse* o bien como efecto de ese mismo enamorarse o de una hipóstasis de la sustancia en cuestión o, en la descripción más profunda, como obra de la diosa Afrodita.

A partir de aquí, una ojeada a las series léxicas de otras varias raíces encuadra todo el proceso dentro del fenómeno del deseo, concebido igualmente. Y del deseo no sólo de personas, sino también de

cosas o sucesos. La descripción de la persona amada como objeto queda así plenamente justificada. Pero como objeto que tiene algo que con un cierto automatismo despierta el enamorarse o el desear, suprimiéndose así, en cierto sentido, la oposición sujeto/objeto, como igualmente está suprimida, en esta primera fase, la oposición acción humana/acción divina. Una nueva coincidencia es que ese deseo o amor afecta en forma cuasifísica a las funciones respiratorias y cardíacas, consiste exactamente en su alteración. Y ganamos aún ulteriores precisiones. La sustancia que envuelve el objeto o vuela junto a él y provoca el deseo tiene como términos genéricos los conceptos de lo *κάλον* 'hermoso' y *χάριεν* 'alegre', 'delicado', que son comunes al mundo vegetal y al de los ricos vestidos y perfumes. El amor humano es una variante de la aspiración a cosas de este tipo; el enamorarse, queremos decir. Sus efectos, en el sujeto, son dolor y placer y el dolor desaparece cuando se cumple el acto de la posesión o la correspondencia. Pero éste sólo le otorga Afrodita: aquí sólo hay acción divina, no una escala ascendente que refleja una sinonimia esencial, como en la primera fase.

2.9.3. Ahora bien, esta clasificación del amor en el dominio del deseo —concretamente, como un deseo de personas bellas, parte del deseo de cosas bellas— no es la única. Simultáneamente hay otra que lo encuadra dentro de las que hemos llamado relaciones humanas estables: familiares, sociales, etc. Desde este punto de vista, la oposición sujeto/objeto desaparece. Son parte de lo mismo, el estar con, vivir con, produce en ambos la *χάρις*, la alegría; pues el objeto es desde este punto de vista siempre personal, salvo ciertas contaminaciones con las otras series léxicas. Conseguido el deseo, amante y amado son todo uno, pero su relación entra dentro del tipo de otras relaciones. El impacto físico del acto de enamorarse, el cumplimiento por obra de la diosa, quedan atrás.

Este es el amor tal como Safo lo describe: nunca en el momento del cumplimiento o del disfrute, siempre en el de la súplica a la diosa o el lamento del amor perdido y su remembranza. Entre lo humano y lo divino, lo homosexual y lo heterosexual, lo físico y lo que supera lo físico; al lado del deseo de la cosa y del encuadramiento en el grupo; en sus dos fases y con sus dos protagonistas;

naciendo siempre de la belleza; aspirando, simplemente, a una sumisión, una asimilación, una presencia.

2.9.4. Una representación gráfica de este complejo panorama no sería fácil de lograr. Debería en realidad referirse a cuatro cuadros, parcialmente simétricos y parcialmente asimétricos: el del agente (las hipóstasis y divinidades que producen el *eros*); el del sujeto a quien se lo despiertan, a saber, hombres y mujeres y los cuasisinónimos de que hemos hablado; el del proceso mismo (los verbos estudiados); el del objeto (nombres de hombre o mujer y cuasisinónimos del tipo de πρόσωπον). Habría que añadir a los diversos sujetos y objetos los adjetivos que les son referidos y que sólo coinciden en el caso de φίλος. Esta raíz muestra, y se podría representar gráficamente, una situación ambigua con el campo de las relaciones estables, como ciertos verbos y adjetivos se engloban dentro de otros del campo del deseo. Pero habría que establecer todavía otros grupos: el de las relaciones sujeto-agente (súplica, etc.) y el de las relaciones agente-sujeto (liberación, cumplimiento, etc.). Esto hablando sólo en términos generales. Del cuadro se desprendería también la falta de vigencia en Safo de ciertas oposiciones que nos son familiares. Sobre ello volvemos.

El resultado haría ver la complejidad, llena de simetría y asimetrías, de un campo semántico que agrupa a varias series de verbos, nombres y adjetivos que establecen entre sí relaciones de tipo sintáctico y que, cada uno de ellos, abarca palabras de extensión variable, términos positivos de algunas oposiciones restrictivas dentro de campos semánticos de los que el del amor forma parte; en realidad, son varios aquellos a los que, en unos u otros puntos, está subordinado. Entrelazamientos que hacen ver la extrema complejidad de los campos, la imposibilidad de llegar a formulaciones demasiado simples.

3.1.1. Al llegar aquí deberíamos echar una mirada a las épocas posteriores y, aguzada la vista por su contemplación, volver a Safo todavía un momento. Porque el panorama no puede, por supuesto, sernos absolutamente extraño, pero hay demasiadas cosas en él que echamos de menos. El léxico de Safo, hasta el momento al menos, no nos ha revelado diferencias entre el amor de Safo por sus



gas y el amor de hombre y mujer. Para nada han entrado en go el sexo o el matrimonio ¿Puede ser esto cierto?

Si hay un sujeto y un objeto en la relación mujer/mujer, también hay en la relación hombre/mujer. Lo curioso es que, si en los salmios este sujeto es inconfundiblemente el hombre, en alguna ocasión lo es la mujer: en 15 (Dorica), 16 (Helena), en 31, en . Siempre, en todos los casos, el panorama es exactamente el mismo: belleza del amado o la amada que mueve el deseo del o la ante; consecución del deseo posesivo con ayuda de la diosa; felicidad para ambos en la posesión, aplicación a ambos de la raíz φιλ-, como al o la amante los verbos de las raíces μ-, ἴμερ-, ἐρ-, - y al o la amada los adjetivos y nombres correspondientes.

Es unitaria, pues, la luz a la cual está juzgada toda relación amorosa dentro, a su vez, de toda relación de deseo y toda relación grupo humano. Los hechos distintivos de la relación heterosexual tienden a quedar velados. En el terreno del léxico, existen ciertamente los términos que llamaríamos jurídicos γάμος 'boda', γάμβρος 'desposado' νόμφα 'desposada'. Pero aun aquí hay un paralelismo: en se llama a Arqueanasa σύνδυγος de Górgo, lo que nos recuerda σύνζυξ 'cónyuge' posterior. Y los hechos físicos de la relación entre los diferentes no son mencionados, como tampoco la procreación, que es el hecho distintivo fundamental carece, para Safo, de relevancia. Por eso, decíamos al principio, hay una tan grande diferencia entre la realidad física de las cosas y su organización en sistemas sociales y conceptuales en una cultura determinada.

3.1.2. La naturaleza, sin embargo, nunca se deja sepultar en el olvido enteramente y acaba transparentándose de una forma o de otra: *uram expelles furca, tamen usque recurrit*, que dijo Horacio. Así ésta se trasluce en los términos de la institución del matrimonio; en el papel de sujeto que en ella tiene el hombre; en la misma tenencia de estos poemas a un género ritual fijo, el del epitalamio; en que la mujer sujeto de amor hacia el hombre es excepción, como en Helena o la hetera Dorica.

Pero, sobre todo, el hombre paga en la poesía de Safo la culpa que su papel, pese a todo, es diferente. Es visto en cierto modo como un invasor del mundo de belleza, femenino y vegetal, de Safo. El gigante: diez zapateros hicieron sus zapatos (110), hay que

elevar el dintel de la puerta para que entre (111). Es feliz (ἄλβιος) porque se le cumple la boda, posee (ἔχεις, 112) a la novia, se le dice χαίρει, es llamado φ(λ)ος (111); pero nada más. Y se llora la joven arrancada a la madre (104), el jacinto que pisan los pastores (105), la virginidad perdida (114).

3.1.3. Temas, se dirá, tradicionales. Ciertamente. Si el matrimonio, en la tradición más antigua, es solamente un acto sacral y jurídico destinado a perpetuar la familia, ello es más antiguo que Safo. Y también la concepción del amor como deseo de belleza, de belleza femenina en ese caso, tiene precedentes más antiguos. Pero en Safo este último rasgo ha sido profundizado y es el que ha adquirido primacía y, al aplicarse igualmente al amor homosexual, ha hecho prescindir casi totalmente del primero. Lo erótico puede estar para Safo en cualquier relación humana y siempre hay en ella un amante y un amado y una intervención sobrenatural y un deseo que da dolor y placer y una consecución que deja el placer solo. Placer cuyo rasgo relevante es esa vida en común, esa alegría y belleza; nada más. Y ello crea el grupo que vive y siente en común, lo agranda mejor dicho. La unión heterosexual y, sobre todo, el matrimonio, queda, con parcialidad, juzgado a esta luz: es una parte de lo mismo. Pero este sentimiento amoroso, por decirlo así, puro, que aquí se crea, parcial y mutilado también, acabará, en una fecha posterior, por afirmarse y por aplicarse íntegra y exclusivamente a la relación heterosexual. La relación homosexual, ésta y la pederástica que recoge otra tradición, acabarán por ser condenadas, pero dejarán en herencia a la relación heterosexual esa idealización erótica, hermosa pero parcial, que han desarrollado; idealización que, una vez fundida con las realidades profundas de la relación heterosexual, dará a ésta nuevo sentido, la hará rebasar el estadio puramente jurídico o puramente reproductivo. Por un extraño camino la belleza y la felicidad han pasado a ser buscadas también aquí. Y seguirá una larga lucha para superar, en parte al menos, el antiguo dualismo del amante y el amado.

3.2. Creemos que el ejemplo que hemos trazado del análisis de un campo semántico relativamente simple, puede —y con esto volvemos al comienzo— hacernos ver en qué medida estos métodos pueden perfeccionar nuestro conocimiento de las literaturas y del pen-

samiento antiguos. Son, a todas luces, tanto más fructíferos cuanto más lejano de nosotros esté el campo estudiado, cuanto mayor sea el contraste y mayor peligro de identificaciones apresuradas haya. Pero a la vez estudios como éste hacen ver tanto las regularidades como las irregularidades de la distribución del léxico en los campos semánticos. Raíces más o menos paralelas han de ser juzgadas por la extensión de su área; por las clases de palabras a que se refieren; por la distribución de cada una en relación con el sujeto o el objeto, con solo personas o con personas o cosas. Puede haber paralelismo en nombre y adjetivo y referirse el verbo a sentimientos diferentes o bien oponer estado y proceso. Puede haber grados diversos de generalidad, interferencias, etc. Y sinonimia de oraciones para describir iguales procesos, lo cual nos lleva a estudiar si determinadas antinomias de nuestro pensamiento son válidas en griego del s. vi a. C., a tratar de comprender las relaciones entre dios, sujeto y objeto, a atender a los grados y escalones de la creación de hipóstasis y divinizaciones. Es difícil encerrar en cuadros esquemáticos tan complejos puntos de vista. Mi intención era solamente mostrar algunos de los aspectos de este panorama y hacer ver cómo los estudios semánticos pueden contribuir a soldar unos puentes entre la Lingüística, la Literatura y el Pensamiento que nunca deberían haberse roto.

FRANCISCO R. ADRADOS